

ISABEL JARAMILLO (1944). Lic. en Ciencias Sociales. Colaboradora del CEA.

Medio Oriente y “Cuenca del Caribe”: ¿fuerza de paz o de intervención? El modelo de intervención norteamericana en el Líbano podría pretender repetirse en Centroamérica y El Caribe

Al analizar la política exterior norteamericana en los últimos cuatro años —en términos generales y específicamente hacia la llamada “Cuenca del Caribe”—,¹ hemos intentado establecer un paralelo entre la política norteamericana en esta área y en el Líbano, zonas para las que a nuestro juicio la administración Reagan ha concebido un esquema similar.

Para el desarrollo del tema resultó necesario establecer el *modus operandi* de los Estados Unidos en el caso del Líbano entre junio y diciembre de 1982. Obviamente, el traslado del esquema utilizado por la administración Reagan en el Líbano a la realidad de la “Cuenca del Caribe” obliga a exponer los puntos fundamentales de esta actuación en aras de establecer un marco comparativo.

En virtud de que la experiencia norteamericana en el Líbano ha sido calificada por representantes de la Administración como un éxito en política exterior, estimamos posible la aplicación de este esquema en la “Cuenca del Caribe”, con las adecuaciones lógicas del caso.

Para empezar, expondremos brevemente los pasos seguidos por los Estados Unidos en el Líbano y resaltaremos los elementos esenciales a considerar.

Después expondremos los intereses estratégico-militares de los Estados Unidos en la “Cuenca del Caribe” y, finalmente, desarrollaremos las conclusiones. En ellas se tomarán los elementos esenciales del caso libanés para establecer la comparación con la “Cuenca” y para centrarnos específicamente en la situación centroamericana.

CONCEPCIÓN DE LA POLÍTICA NORTEAMERICANA: LA CRISIS DE LA HEGEMONIA

Los factores que inciden en la crisis hegemónica global que afectan a los Estados Unidos pudieran mencionarse el “síndrome” de Vietnam, el escándalo de Watergate, el caso de los rehenes norteamericanos en Irán y la cada vez más aguda crisis económica que gravita sobre el centro imperial.

Partiendo de la base de que el poder hegemónico norteamericano se ha visto fuertemente erosionado, especialmente durante la administración Carter, la plataforma del Partido Republicano plantea para el Medio Oriente y para América Latina —y concretamente en lo que se refiere a Centroamérica y el Caribe—, enunciados que tienen raíces comunes:

en 1979 los sucesos de Medio Oriente aportaron la indicación más clara e importante de la declinación del poder y la influencia norteamericana, siendo

¹ Denominación arbitrario-utilitaria de la administración Reagan para denominar al área de Centroamérica y el Caribe.

aparentemente la misma tendencia, en diferentes grados, en otras regiones también.²

Para el caso de Medio Oriente y el Golfo Pérsico el documento señala la revolución iraní, los rehenes de la embajada norteamericana en Teherán y la presencia de tropas soviéticas en Afganistán como un “portentoso indicio de las consecuencias de la debilidad”,³ a lo que agrega la amenaza al libre acceso de los Estados Unidos al petróleo del Golfo Pérsico.

En un texto oficial del Partido Republicano se sostiene que la restauración del orden y la estabilidad en la región deberían basarse en la comprensión de la importancia de la interrelación entre las metas soviéticas y las de los radicales palestinos. Se continuaba diciendo que “la soberanía, la seguridad y la integridad del Estado israelí es un imperativo moral funcional para los intereses estratégicos de los Estados Unidos”⁴ y se reconocía “completamente la importancia estratégica de Israel y el papel de disuasión que cumplen sus fuerzas armadas, tanto en el Medio Oriente como en las relaciones militares Este-Oeste.”⁵ Se agregaba además que se promoverían nexos activos y la amistad con los Estados árabes moderados.

En el caso del continente americano, el triunfo “marxista-sandinista” en Nicaragua, “los intentos marxistas de desestabilizar El Salvador, Guatemala, Honduras”, y Cuba, como punto de origen de la “subversión y la violencia exportadas por Cuba y Moscú”,⁶ marcaban los hitos fundamentales del desgaste hegemónico del imperio. En el caso de la Revolución Sandinista, “era una derrota porque era percibida como tal por otros en el hemisferio y, más allá de esto, porque era vista como una indicación de una posición norteamericana marcadamente debilitada en Centroamérica y el Caribe”.⁷

La fundamentación para el programa de asistencia de seguridad del año fiscal 1982 plantea que al ayudar a las naciones a mantener posiciones de firme defensa contra las amenazas potenciales, los Estados Unidos disminuyen las posibilidades de verse directamente involucrados en conflictos locales; contribuyen a dar una sensación de seguridad a las naciones receptoras; demuestran consecuencia política y sus propósitos en relación con sus amigos aliados; promueven otros intereses políticos, económicos y estratégicos.

La hegemonía de la inversión privada y la “seguridad” como factor fundamental en la política exterior reaganista no tiene nada de novedoso. En realidad se remonta a los objetivos de política exterior que los Estados Unidos planteaban a fines de los años 40, que se reforzaron en la década del 60 con la “Alianza para el Progreso” y el concepto de interrelación entre desarrollo interno y defensa.

² Robert W. Tucker: “America in Decline: The Foreign Policy of Maturity”. En *Foreign Affairs*, vol. 58. no. 3, 1980.

³ *Ibíd.*

⁴ “Selección de la Plataforma del Partido Republicano”. En *Cuadernos Semestrales del CIDE*, no. 9, 1er. semestre, 1981. p. 204.

⁵ *Ibíd.*

⁶ Robert Tucker: *op. cit.*

⁷ *Ibíd.*

La fundamentación general de los programas de asistencia de seguridad para el año fiscal 1983 reitera lo planteado el año anterior. A la vez, hace referencia a lo expuesto por Reagan en julio de 1981 en lo que atañe a la transferencia de armas convencionales. Enders expresó que “los Estados Unidos perciben la transferencia de armas convencionales y otros artículos de defensa y servicios como un elemento esencial para su posición de defensa global y como componente indispensable de su política exterior”.⁸

También se hace una breve referencia a la problemática económica interna de los Estados Unidos. En este sentido se expresa que “en esta época de escasez los programas propuestos por el Presidente están diseñados para enfrentar sólo requerimientos de la más alta prioridad de la política nacional”.⁹ La administración Reagan reducía a ecuaciones elementales como la definición Este-Oeste la problemática política, social y económica de los países de la “Cuenca”.

Veamos ahora las acciones con que los Estados Unidos han intentado superar esta crisis.

LOS ESTADOS UNIDOS EN EL LIBANO

La ofensiva israelí en el Líbano se llevó a cabo poco antes del asalto británico a las Malvinas y coincidió con el viaje del presidente Reagan a Europa, que simbolizaría un resurgimiento del liderazgo norteamericano a nivel mundial.¹⁰

Las fuerzas israelíes se concentraron en la frontera libanesa en espera del momento adecuado para invadir. El pretexto para la “Operación Paz en Galilea”, la ofensiva sionista del mes de junio de 1982, estuvo dado a partir de que “los palestinos desencadenaron un fuerte fuego de artillería al norte de Israel”.¹¹ La respuesta Israelí fueron sesenta ataques aéreos en veinticuatro horas.

Israel planteaba que su propósito consistía simplemente en establecer una “zona neutral” de veinticinco millas y ofrecía retirarse si se establecía una fuerza multinacional aceptable, incluyendo tropas norteamericanas, para custodiar la zona neutral. Por lo general la prensa imperialista presentaba el problema de la invasión israelí como un asunto personal del ministro de Defensa Ariel Sharon, y no como parte de la política expansionista del Estado de Israel, respaldado por los Estados Unidos.¹²

⁸ Tomas Enders, exsecretario adjunto para Asuntos Interamericanos: “Statement Before the Senate Foreign Relations Committee”, 2 de febrero de 1983; y U.S. News & World Report (entrevista recogida por AFPJ, 15 de febrero de 1983).

⁹ Congressional Presentation. Security Assistance Programs, FY-1983. Los subrayados son nuestros.

¹⁰ Newsweek. 21 de Julio de 1982. p. 26

¹¹ Ibíd.

¹² En cuanto a los israelíes, recordemos la expansión ocurrida en 1948, un año después de los acuerdos de Naciones Unidas; la toma de los territorios árabes en Golán, Gaza y Cisjordania en 1967; la Instigación a Jordania en 1970 para que Iniciara su propia guerra contra el territorio Palestina y la guerra en 1978 en el sur del Líbano. En todos estos casos Israel argumentó la necesidad de defender sus fronteras ante los ataques palestinos.

Por su parte, los norteamericanos valoraban la acción israelí como un extraordinario éxito militar. La estrategia de la Administración consistía en sacar el mejor partido de una situación que, según versiones de la prensa norteamericana, había escapado de su control. El “éxito” israelí tuvo ecos muy favorables en los sectores de tendencia más dura. Voceros del Pentágono y del Departamento de Defensa resaltaban los éxitos sionistas y señalaban que se debían al uso de equipos, entrenamiento, armas y estrategia superiores. La evaluación enfatizaba la superioridad de los armamentos y equipos norteamericanos sobre los soviéticos, empleados por los sirios y la OLP. Las declaraciones al respecto conservaron una clara inserción en la confrontación Este-oeste.

A la vez que los Estados Unidos utilizaban un tercero —en este caso a Israel— para solucionar una situación donde la intervención militar directa se les hacía difícil, enviaban a Philip Habib como negociador. En las negociaciones uno de los planteamientos básicos fue, entre otros, el de la fuerza multinacional para mantener la paz.

La actitud norteamericana se hacía evidente en tanto que vetaba una revolución del Consejo de Seguridad de la ONU que demandaba sanciones contra Israel y en general se abstenía de aplicar sanciones de cualquier tipo al Estado sionista. El negociador Philip Habib planteaba un plan para la retirada de la OLP de Beirut, protegida por una fuerza multinacional compuesta por 800 marines norteamericanos, 450 paracaidistas franceses, 530 soldados italianos y entre 60 y 84 observadores de la ONU. A la vez se señalaba que aún quedaba una opción militar por parte de Israel en el caso de que los canales diplomáticos no surtieran efecto. Se advertía a la opinión pública, además, que “un asalto israelí” a Beirut se podía producir en cualquier momento, ya que el gabinete israelí había aprobado una operación de envergadura desde fines de julio de 1982.

Por su parte, Israel seguía adelante su agresión, con el apoyo interno de la Falange Cristiana Libanesa y de las milicias cristianas. Se manifestaban algunas fricciones menores con los Estados Unidos, como las reflejadas en declaraciones de Begin en el sentido de que el ejército israelí entregó el Líbano en “bandeja de plata” a los Estados Unidos, lo que resaltaba aún más el papel de tercero del Estado sionista. Es evidente que los Estados Unidos permitieron el avance y las sucesivas ofensivas expansionistas de Israel. Según declaraciones de M. Benvenisti, vicealcalde de Jerusalén, “todo lo que ha ocurrido en Israel hasta ahora ha llevado el sello de la aprobación norteamericana o por lo menos era tolerado por sus sucesivos gobiernos”.¹³

Los Estados Unidos buscaban la forma de conciliar sus intereses en Medio Oriente planteando soluciones que daban continuidad a los acuerdos de Camp David. A fines de agosto los marines desembarcaron en el Líbano, aunque habían estado en la zona desde junio para cubrir la evacuación de la OLP, junto a tropas italianas y a legionarios franceses. Permanecieron allí dos semanas y se retiraron el 10 de

¹³ Newsweek, 4 de octubre de 1982. p. 30.

septiembre de 1982. Al mismo tiempo la administración Reagan apoyaba la candidatura a la presidencia de B. Gemayel (posteriormente muerto en un atentado y remplazado por su hermano), en un proceso electoral destinado a favorecer sus intereses. Al nuevo gobierno se le prometía nueva ayuda económica y militar. Hasta este momento los Estados Unidos habían intentado mantener hasta cierto punto su papel de mediador. Al producirse las masacres de Sabra y Chatila a mediados de septiembre y el consecuente impacto en la opinión pública mundial de la brutalidad exterminadora del ejército sionista y las milicias cristianas, el papel de los Estados Unidos pasa de un relativo *laissez-faire* de mediador interesado, a un papel más activo. Reagan hace nuevas propuestas de paz y el 20 de septiembre anuncia nuevamente el envío de marines, cuyo número aumentó con respecto a la vez anterior: “ostensiblemente, la tarea de los marines es ayudar a establecer la seguridad de Beirut”.¹⁴

Para los Estados Unidos estaba en juego su “credibilidad” ante el mundo árabe, que lo: -culpa por la ocupación israelí de Beirut occidental y por la masacre de refugiados; a la vez se profundiza su involucramiento en el Medio Oriente, En todo momento se ha planteado la presencia de los marines en el Líbano como símbolo-garantía de estabilidad y no como fuerza de lucha. Sin embargo, traen armas más pesadas que la vez anterior, incluyendo tanques “M-60”, y se les da más autoridad a su mando, al tiempo que se les asignaba mantener la paz y controlar el área del aeropuerto de Beirut, blanco estratégico clave. .

En cuanto a la presencia de las tropas en el Líbano, el Presidente norteamericano manifestó que permanecerían allí hasta que se retiraran las fuerzas de ocupación israelíes y las fuerzas sirias que componen las fuerzas árabes de disuasión, aunque en este sentido el objetivo fundamental para los, norteamericanos es la retirada de las fuerzas sirias que, en su criterio, representan los intereses soviéticos en la región. A finales de octubre de 1982 —y como parte de la ayuda norteamericana al gobierno electo de Gemayel— viajaba a Beirut un grupo del Pentágono para evaluar las necesidades del “nuevo ejército” libanés en cuanto a armas, equipos y entrenamiento. El secretario de Estado Shultz declaraba en una entrevista que nadie había dicho que la fuerza multinacional de paz tuviera que salir del Líbano para mediados de 1983. Y agregaba que los Estados Unidos no estaban comprometidos a una permanencia larga, pero que estaban dispuestos a considerarla. Así dejaba abierta la posibilidad de permanencia. Evidentemente, los Estados Unidos no retirarían sus fuerzas militares hasta, que la situación en el Líbano no hubiera sido asegurada en correspondencia con sus intereses estratégicos.

A fines del año 1982 algunos “planificadores militares” de la Administración “sugerían” la conveniencia de ampliar el contingente de marines —que en diciembre de 1982 alcanzaba la cifra de 3 400—, a 12 000 ó 15 000 soldados.

La secuencia del envío de tropas norteamericanas se efectuó de la siguiente forma:

¹⁴ Ibid.

Junio de 1982: los marines ya estaban “flotando en la zona”.

25 de agosto de 1982: los marines desembarcaron en Beirut para unirse a tropas francesas e italianas para la evacuación de la OLP.

10 de septiembre de 1982: los marines se retiraron. En este momento se produjeron las masacres de Sabra y Chatila. Es imposible que la administración Reagan no estuviera informada de la situación e intenciones de Israel.¹⁵

20 de septiembre de 1982: Reagan envió nuevamente, a los marines al Líbano, como parte de la Fuerza Multinacional de Paz.

Los Estados Unidos han logrado escudarse de una organización internacional para poder legitimar colectivamente su operación.

Como hemos visto, en este caso concurren esencialmente los siguientes elementos: un pretexto, una fuerza multinacional, un negociador, un “tercero” y el factor “legitimización colectiva”, entre otros.

LOS ESTADOS UNIDOS EN LA “CUENCA DEL CARIBE”

A partir de la óptica estratégica norteamericana, la “Cuenca del Caribe” ha constituido históricamente un área geopolítica “fronteriza” cuya significación inmediata ha estado dada por el nivel de lucha de clases en cada uno de los países que la conforman. Como señalan Antonio Cavalla y Lilia Bermúdez, cuando la exacerbación de aquella va generando incapacidad para manipular o neutralizar las alternativas populares, el centro imperial ha procedido a tomar decisiones sobre el país, y siempre en orden a intervenir de manera más o menos drástica, como en Santo Domingo (1965) y Chile (1973).¹⁶

Cabe señalar que en las subregiones comprendidas en el concepto de “Cuenca” —Centroamérica y el Caribe—, se observan diferentes niveles de desarrollo de la lucha de clases, atendiendo a su particular evolución histórica, social, política y económica. Podríamos decir que Centroamérica representa para los Estados Unidos el “peligro inmediato”, en tanto que el Caribe es el “peligro potencial”; ambos con características socialmente explosivas que es necesario eliminar y/o neutralizar.

Desde la Segunda Guerra Mundial los intereses de seguridad de los Estados Unidos en América Latina y el Caribe han estado fuertemente influidos por las concepciones globales estratégicas del imperialismo; esto es, la contención del comunismo, el mantenimiento de estrechas relaciones con sus aliados occidentales y el reforzamiento de condiciones favorables para la inversión privada norteamericana, así como el libre acceso de los Estados Unidos a las materias primas del llamado Tercer Mundo.

Estos intereses y la preocupación por la “Cuenca del Caribe” —siempre presentes en círculos militares norteamericanos con más o menos fuerza de acuerdo con el desarrollo del imperialismo, la correlación de fuerzas a nivel mundial y el enfoque de

¹⁵ El 16 de agosto de 1982 Newsweek Informaba que el gabinete Israelí había aprobado hacía dos semanas una autorización a Begin para un “golpe militar de envergadura” en el momento que quisiese.

¹⁶ Antonio Cavalla y Lilia Benntldez: Estrategia de Reagan hacia la Revolución Centroamericana. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1982.

las sucesivas administraciones norteamericanas—, se acentúan a partir del triunfo de la Revolución Cubana, las posiciones nacionalistas de Panamá con respecto al Canal y posteriormente los triunfos revolucionarios de Nicaragua y Granada. Los mecanismos norteamericanos son múltiples: abarcan aspectos económicos, sociales, políticos, ideológicos y militares. Todos ellos cobran forma y fuerza específicas en 'la "Cuenca del Caribe", reforzándose y tomando características más belicosas en los últimos cuatro años, en que la escalada intervencionista adquiere proporciones alarmantes en la medida en que se desgasta la hegemonía norteamericana.

Al final de su mandato la administración Carter promovió un notable incremento de la presencia militar norteamericana en el área, la que se justificó con el pretexto de la presencia de "personal militar soviético en Cuba". Carter ofreció ayuda a los países del Caribe en caso de amenaza por parte de la URSS, o de Cuba; se estableció en Cayo Hueso el "Mando de Contingencia"; se aplicó un mayor control exploratorio sistemático —particularmente dirigido contra Cuba—, y se expandieron las maniobras militares en la región. Por otro lado, se reforzó la capacidad de las "Fuerzas de Despliegue Rápido" a nivel mundial, en correspondencia con la revitalización de la doctrina de la "respuesta flexible", en la cual se enmarca el elevado presupuesto militar, el armamento y entrenamiento de los ejércitos latinoamericanos y caribeños y el reforzamiento del anillo de bases en el Caribe.

El 2 de octubre de 1979 Carter expresó:

Los Estados Unidos tienen interés en la paz y estabilidad en el mundo.

Consecuentemente he orientado al Secretario de la Defensa que se eleve aún más la capacidad de nuestras "Fuerzas de Despliegue Rápido" para proteger nuestros propios intereses y actuar en respuesta a solicitudes de ayuda de nuestros aliados amigos. Debemos ser capaces de mover nuestras unidades de tierra, mar y aire a áreas distantes, rápidamente y con abastecimientos adecuados.¹⁷

Con respecto a las "Fuerzas de Despliegue Rápido" hay que destacar que de acuerdo con la lógica norteamericana lo novedoso es su carácter "preventivo"; es decir, no se trata de una idea estratégica para el conjunto de las fuerzas armadas norteamericanas, sino una especialización de una parte de ellas en destruir un enemigo secundario antes de que este logre una victoria y sume territorio, pueblo y eventual fuerza militar al enemigo principal, la Unión Soviética.

Ante la crisis de Centroamérica y el Caribe los Estados Unidos retornaron a los conceptos "intervención frente al peligro comunista externo" y "seguridad hemisférica".

La política de la administración Reagan se basa en dos puntos esenciales:

a) el aumento de la asistencia militar consecuente con la política de guerra fría del régimen. Esto implica la noción de un enemigo absoluto —que en este caso, sería el "comunismo", personificado en el área por Cuba y los procesos revolucionarios de Nicaragua y Granada—, y el auge del movimiento revolucionario en Centroamérica;

¹⁷ The New York Times, 2 de octubre de 1979.

y b) el incremento de la inversión privada, ya que la situación interna de los Estados Unidos impide, un gran volumen de asistencia económica hacia el exterior.

La asistencia exterior norteamericana busca abrir mayores posibilidades para los capitales de ese país, dedica ayuda directa para, las situaciones críticas y privilegia el componente militar. Según la política exterior norteamericana, la asistencia en materia de seguridad resulta un componente vital.

Sería útil mencionar aquí la llamada “Iniciativa para la Cuenca del Caribe” (ICC), elaborada a modo de “solución” para la crítica situación económico política y social que enfrenta el área caribeña y centroamericana. Los objetivos geopolíticos de la ICC están destinados a desarrollar una nueva visión de la región. Como expresan Singham y Hune, “el Caribe como región, especialmente si incluye a América Central, está siendo transformado en una zona militar de guerra”.¹⁸

La ICC canalizará asistencia económica y militar suplementaria a la región.

El 15% de esta asistencia suplementaria anunciada en el marco de la ICC para 1982 se destinó a fines militares. Los Estados Unidos requieren esta asistencia adicional a la “Cuenca” para “prevenir mayores acontecimientos en detrimento de nuestros intereses”.

La ICC —programa de la administración Reagan para la “recuperación económica” del área caribeña y centroamericana bajo la denominación de “Cuenca del Caribe”— implica la transformación de los países de la región en “plataformas exportadoras” por medio de un redespigue industrial implementando a través de la instalación de industrias filiales de casas matrices transnacionales radicadas en los Estados Unidos, que no se integran a la economía del país receptor sino que responden a los intereses, estrategia y necesidades de la empresa transnacional.

Los intereses de los Estados Unidos en el área son de naturaleza esencialmente geopolítica y han sido expuestos por diversos representantes de la actual administración. Pueden sintetizarse como sigue: a) los que podríamos calificar de “políticos”, que giran alrededor de la reiteración del interés de los Estados Unidos en el establecimiento de “gobiernos democráticos” entre sus vecinos más directos; b) los estratégico-económicos, dado que, como ha expresado Shultz, la “Cuenca del Caribe” constituye una arteria estratégica y comercial vital para los Estados Unidos. Más de la mitad de las importaciones norteamericanas de minerales estratégicos pasan por el Canal de Panamá o el Golfo de México. Shultz declaró además que si esta región fuera presa de levantamientos sociales y económicos y dominada por “régimenes hostiles” a los Estados Unidos las consecuencias para la “seguridad” norteamericanas serían inmediatas y de largo alcance.

En lo que se refiere al petróleo, “la importancia de las refinerías del Caribe, en Trinidad-Tobago, Venezuela, Antillas Holandesas, Islas Vírgenes, Bahamas y Puerto Rico se deriva no sólo de su volumen de producción, sino también del alto rendimiento del combustible residual (60% comparado con 11% en los Estados

¹⁸ A. W. Singham y S. Hune: “The CBI: The U.S. Response to Non Alignment”. En Transafrica Forum, vol. 1. no. 2, Fall 1982.

Unidos) y su producción de residuos con bajo nivel sulfúrico y combustibles destilados”.¹⁹

Agreguemos a lo anterior que el 70% del petróleo de los Estados Unidos se transporta por el Golfo de México y el Caribe, y que más del 50% del total de los “reaprovisionamientos” para la OTAN y la Marina de los Estados Unidos pasan por la zona,

Según el Departamento del Interior de los Estados Unidos, casi la mitad de las “importaciones norteamericanas de bauxita y alúmina provienen del Caribe, especialmente de Jamaica y Surinam. Los Estados Unidos importan aproximadamente el 90% de sus necesidades industriales de estas materias primas. Las importaciones norteamericanas de níquel provenientes del Caribe también son sustanciales: la República Dominicana provee alrededor de la doceava parte de las necesidades de níquel primario de los Estados Unidos”.²⁰

La bauxita, alúmina, níquel, petróleo y sus derivados son exportados desde el área a los Estados Unidos, lo que contribuye significativamente a la seguridad económica del imperio.

Los criterios geopolíticos que prevalecen en la administración Reagan se remontan al siglo pasado —Albert Mahan y el concepto del “Mediterráneo Americano”. Lewis A. Tambs, geógrafo y profesor de la Universidad de Arizona y partícipe en la elaboración del “Documento de Santa Fe”, retoma y actualiza a Mahan presentando el área caribeña como el “Mediterráneo del Nuevo Mundo” y afirmando que quien controle al Caribe puede estrangular a los Estados Unidos.

En cuanto al aspecto militar, el Caribe constituye una región importante para los Estados Unidos. Suministra los vínculos para los puestos de escucha norteamericanos que monitorean las actividades de los barcos y submarinos en el Atlántico que se aproximan al Caribe. Diversas actividades de entrenamiento que tienen lugar en Panamá y Puerto Rico, serían costosas de trasladar o en algunos casos, serían irremplazables. Comunicaciones, monitoreo e instalaciones navales están situadas a través de la región y particularmente en las islas orientales. El Atlantic Underseas Test and Evaluation Center de la Marina norteamericana, en Bahamas, resulta vital para el desarrollo de las capacidades de guerra antisubmarina. El Canal de Panamá ha retomado su importancia en el comercio entre Este y Oeste. y volvería a ser militarmente importante en cualquier futuro conflicto convencional prolongado.²¹

La aplicación de la “teoría del dominó” también tiene su espacio en la política de Reagan hacia la región. Los Estados Unidos temen que la inestabilidad política que aqueja a la zona alcance a México, un país de gran potencial, pero también de grandes problemas y tensiones. Esta “teoría del dominó” no sólo se reflejará con

¹⁹ R. Swandby: “Economics and Politics of Oil in the Caribbean” En *International Trade Law Journal*, vol. IV. Winter, 1978, pp. 65-68.

²⁰ U.S. Department of the Interior: “Minerals in the Economy: Ten Years Supply-Demand Profiles for Nonfuel Commodities” (1969-1977). Washington DC, 1979.

²¹ M. Daly Hayes: “U.S. Security Interests”. En *Central America International Dimension 01 the Crisis*, edited by Richard E. Feinberg.

respecto a México sino a toda la “Cuenca del Caribe” y al resto de América Latina, transformando a cada uno de los países de la región en “vitales para los Estados Unidos, de forma que los cambios revolucionarios en cualquier país amenazan la situación-condición de toda la región”.²² Se parte del presupuesto de que

La guerra y no la paz es norma que rige los asuntos internacionales (...) Las Américas están bajo ataque. América Latina, el tradicional aliado de los Estados Unidos, está siendo penetrada por el poder soviético (...) las costas de la Cuenca del Caribe están siendo alcanzadas por las apetencias soviéticas y rodeadas de países socialistas (...) Estados Unidos está siendo dejado de lado en el Caribe y en América Central gracias a las acciones sofisticadas, pero brutales, de un poder extracontinental que manipula a sus Estados-clientes.²³

Con respecto a Cuba la agresividad se hace más específica al plantear que en caso de que la propaganda falle debe lanzarse una “guerra de liberación contra Castro”.²⁴ El pretexto está dado: la “expansión del comunismo” en la región a través de Cuba, Nicaragua, Granada...

Los Estados Unidos comienzan a generar hacia la “Cuenca del Caribe” una activa política de militarización presidida por el constante interés por situar el caso centroamericano como punto nodal de la confrontación Este-Oeste, la “amenaza militar externa”, por tanto, pasa a ocupar el primer lugar. Es necesario implementar una respuesta que se objetivará en “revitalizar el sistema de seguridad hemisférica sosteniendo el Tratado Interamericano de Defensa (TIAR) y tomando la dirección de la Junta Interamericana de Defensa (JID), entre otras medidas como son “algunos rangos de defensa más” donde el rango básico es el Tratado de Río y luego, las organizaciones regionales de seguridad. En este rango cabe perfectamente el Tratado del Caribe Oriental, del cual hablaremos posteriormente. Para la defensa del “hemisferio occidental” se plantea incluso una “acción decisiva como la ocupación de República Dominicana en 1965”.²⁵

La fundamentación de la asignación de prioridades en el Security Assistance Programs FY-83 establece

aquellos factores que tienen Influencia directa o son Importantes para la política exterior y seguridad nacional de los Estados Unidos: 1) importancia estratégica y política crítica para los Estados Unidos (aliados con los cuales tenemos compromisos); 2) aquellos que son vitales para los Estados Unidos debido a su proximidad a nuestro territorio y otras ubicaciones geográficamente estratégicas; 3) aquellos donde el apoyo es crítico para iniciativas claves de política exterior y seguridad; 4) aquellos de los cuales dependemos en lo que se refiere a materias primas esenciales.²⁶

²² Jorge Domínguez: U.S. Interests and Policies in the Caribbean and Central America. American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington and London, 1982, p. 36

²³ “Informe de Santa Fe”. En Cuadernos Semestrales del CIDE, no. 9, p. 182.

²⁴ *Ibíd.*

²⁵ *Ibíd.*

²⁶ Security Assistance Programs, FY.1983.

De los factores citados se deduce fácilmente que la “Cuenca del Caribe” ocupa un lugar “privilegiado” en los intereses norteamericanos.

EL CARIBE: EL “PELIGRO POTENCIAL”

El caso de Jamaica es representativo. A este país se le concedían amplios préstamos para solucionar el problema económico y se le asignaba un crédito inicial de tres millones de dólares en 1981 para adquirir equipos modernos para el ejército y la policía. Jamaica pasa a ser el “modelo” de los Estados Unidos para el área, sobre todo para el Caribe de habla inglesa.

En mayo de 1982 el general Nutting, entonces comandante del Comando Sur de los Estados Unidos, visitó Jamaica e inspeccionó varias unidades de las fuerzas de defensa. El intercambio entre las fuerzas de seguridad de Jamaica y la Guardia Nacional de Puerto Rico se ha sistematizado y está destinado a mejorar la efectividad y profesionalismo de los cuerpos armados jamaicanos. Se renovaron los programas de entrenamiento con Gran Bretaña y Canadá y se realizan programas de este tipo con las Fuerzas Armadas Venezolanas.

Las instalaciones militares se han ampliado en Jamaica. En marzo de 1982 aparecían informaciones sobre la existencia de asesores norteamericanos que operaban en la zona de Falmouth, New Castle, Kingston y la reactivación de la base aérea Vernon Field. En algunas de ellas se desarrollaban actividades de contrainsurgencia.

La asistencia militar que se destina a Jamaica en el Security Assistance Programs 83 es de 61,7 millones de dólares, y es significativo el trato preferencial que se le asigna en la ICC.

Por su parte Gran Bretaña, apoyada por los Estados Unidos, propuso a mediados de 1981 la reactivación del Tratado del Caribe Oriental, que data de 1975. A fines de octubre de 1982 se firmó el acuerdo entre Barbados, Santa Lucía, Antigua, San Vicente y Dominica para la Fuerza de Seguridad del Caribe Oriental, que operará un servicio común de guardacostas, colaborará en controles de inmigración, patrullaje marítimo, en proyectos para ampliar las fuerzas costeras, en la cooperación para el control de contrabando, del tráfico de drogas y en lo que se refiere a amenazas a la seguridad nacional de cada uno de los países miembros. A estos se les concede el derecho a moverse dentro de las aguas territoriales de los otros países firmantes.²⁷

El interés fundamental de los Estados Unidos en la reactivación del Tratado estaba evidentemente dirigido contra la Revolución Granadiense, y en un marco más amplio engarza perfectamente con su interés por controlar el área del Caribe. El fondo central del Tratado está compuesto por la contribución del gobierno de Barbados, que es del 49%. El restante será aportado en partes iguales por los otros países participantes. En cuanto a las operaciones, quedó establecido un comité de coordinación y planificación conjunto que comprende a los comandantes de las

²⁷ En este sentido el lector interesado podrá consultar el Memorandum of Understanding Between the Governments of Antigua and Barbuda, the Commonwealth of Dominica, the Government of St. Lucia, the Government of St. Vincent and the Grenadines Relating to Security and Military Cooperation.

Fuerzas. Las operaciones combinadas serán coordinadas por medio de la Sala de Operaciones de la Jefatura de las Fuerzas de Defensa de Barbados, en St. Ann's Fort, en Barbados u otro lugar que los comandantes acordarían.

El mantenimiento de las naves guardacostas correría por Barbados (Willoughby Fort). Es evidente que Barbados es el punto neurálgico de este Tratado. A fines de 1979 efectivos barbadenses fueron enviados en una misión interventora a la isla Unión, de San Vicente. También a mediados de 1982 el buque insignia “Trident”, de Barbados apareció en las costas de Santa Lucía, para garantizar el orden de su proceso electoral. Los Estados Unidos acentuaron su presencia militar en el país a través de variados métodos, que incluyen desde las frecuentes visitas de varios portaviones y naves en 1982, hasta la instauración de maniobras conjuntas con fuerzas británicas y barbadenses, que realizaron ejercicios de desembarco en las playas de la isla,

Por otro lado, no se descarta la posibilidad de que otros países de la zona se integren al Tratado del Caribe Oriental y de que los Estados Unidos, Gran Bretaña y/o Canadá puedan incluirse en calidad de donantes de asistencia y asesoramiento militar. De hecho ya se ha dado la participación de Canadá, como donante de barcos guardacostas a San Vicente y se han aumentado las cuotas de participantes en los programas para el entrenamiento militar y policial.²⁸

Resulta significativo el fortalecimiento de Barbados por parte de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Este último país ha incrementado notablemente la recepción de asistencia militar a partir de junio de 1980, así como su presencia en la isla mediante la creación de una oficina de enlace militar, visitas de altos oficiales de distintos mandos, el arribo de grupos móviles de entrenamiento, de medios navales y aéreos e incluso la realización de ejercicios combinados. Es significativo que la embajada de los Estados Unidos en Barbados centralice y distribuya la asistencia militar al Caribe Oriental.

Hay que subrayar la importancia que tienen en la “Cuenca” los programas para el control de narcóticos, ya que a través del área se transporta gran parte del narcotráfico destinado a los Estados Unidos.²⁹ En este sentido el vicepresidente Bush

²⁸ En el Fifth Report from de Foreign Affairs Committee, session 1981-1982, Caribbean and Central America. Observation by the Secretary of State for Foreign and Commonwealth Affairs Presented to Parliament se dice: “debe hacerse una evaluación cuidadosa de los requerimientos de seguridad de las restantes dependencias y de la suficiencia de las disposiciones actuales para enfrentar esos fines. Debe considerarse la posibilidad de conformar disposiciones conjuntas de seguridad, junto a otras potencias principales en el área —tales como Francia, Canadá, los Estados Unidos. Holanda y algunos países de la Mancomunidad— que tengan un interés en asegurar a los países del área en contra de la amenaza externa. El Informe latinoamericano (18 de marzo de 1983) citaba que “77 barcos de guerra norteamericanos, británicos y holandeses iniciaron maniobras el lunes pasado como respuesta a. la actividad cubano-soviética en aquellas aguas y en Centroamérica”, según dijo el almirante James Watkins.

²⁹ Actualmente Jamaica constituye el segundo país entre los suministradores de marihuana al mercado norteamericano. Se dice extraoficialmente que Jamaica percibe un promedio de 100 millones de dólares anuales por ese concepto, según declaraciones de R. Warne, jefe de la Misión Diplomática de los Estados Unidos en Jamaica al periódico Daily Gleasner, el 24 de octubre de 1982. También son conocidos los puntos de este tráfico: las Bahamas, Antigua. San Vicente y las Islas Caimanes, entre otros.

destacaba como un aspecto particularmente relevante el problema de reducir la producción y el embarque de narcóticos a través del Caribe. La asistencia norteamericana se canaliza a través del Programa Internacional de Control de Narcóticos del Departamento de Estado UNC) y el Drug Enforcement Administration (DEA) del Departamento de Justicia. Ambos programas proveen entrenamientos para funcionarios de aduanas y personal destinado al control del tráfico de drogas, e incluyen operaciones encubiertas, interrogatorios, métodos de vigilancia en puertos y fronteras, entre otros aspectos. Hay que destacar la estrecha vinculación entre estas agencias gubernamentales y la CIA. Este tipo de asistencia también implica la venta de equipos y armas que perfeccionan los aparatos policiales del área y que son empleadas también para la represión interna.³⁰ A la vez se les presiona políticamente para lograr un aumento de la colaboración con los Estados Unidos —colaboración que no siempre está referida al tráfico ilegal de estupefacientes.

La actitud agresiva de los Estados Unidos con respecto a la revolución de Granada se había acentuado. En 1981 se agravaron las intentas de bloquear a la isla, y la presencia norteamericana y su actitud hostil encontraron eco en los gobiernos del área, especialmente Jamaica, Barbadas y Dominica.

En el contexto general se destacan las maniobras norteamericanas con participación de unidades militares con base en Vieques, Puerto Rico, y las operaciones de ataque a una isla llamada “Ambar”. También se efectuaron maniobras navales y otros ejercicios que según R. P. Mac Kenzie, comandante del Caribbean Joint Task Force, se basaban en “escenarios” reales, teniendo en cuenta islas específicas y que en este caso resultaban ser Cuba y Granada. Al explicar las maniobras Mac Kenzie dijo que Nicaragua, Cuba y Granada eran “prácticamente un país” que presentaba un problema político-militar para los Estados Unidos. Mac Kenzie agregó que los ejercicios estaban encaminados a reforzar la imagen norteamericana en los ojos y las mentes de aquellas que observan el compromiso militar estadounidense en el mundo, y darles un ejemplo de una faceta de la capacidad de respuesta de los Estados Unidos en la “Cuenca del Caribe”.

Resultan de sobra conocidas las presiones que los Estados Unidos ejercieron sobre los organismos financieros internacionales con el fin de aislar económicamente a Granada. Sin embargo, a pesar de todas las presiones en la reunión del CARICOM —Jamaica, noviembre de 1982— se expresó la profunda preocupación de los países miembros por el aumento de la tensión en el área, como una resultante del reciente aumento de las actividades militares en el área del Caribe.

³⁰ En *Supplying Repression. U.S. Support for Authoritarian Regimes Abroad* (Institute for Policy Studies, Washington, 1981) Michael T. Klair y Cynthia Arnson señalan: “oficialmente los programas de armamento norteamericanos están designados para fortalecer la capacidad de los países para defenderse en contra de ataques externos. Pero un examen de los datos de comercio de armas de los Estados Unidos sugiere que muchos de los equipos implicados estén destinados para uso interno, para controlar huelgas y desórdenes y reprimir la disidencia”, p. 105.

A comienzos de 1983 Reagan se refería a los peligros que implicaba para la seguridad de los Estados Unidos la construcción de un aeropuerto en Granada, en el marco de una acentuación de la agresividad de la Administración hacia los procesos revolucionarios de la región.

Todos estos planteamientos tienen como colofón la invasión de Granada en octubre de 1983, aduciendo la defensa de nacionales norteamericanos que permanecían en la pequeña isla y aprovechando las contradicciones internas por las que atravesaba el gobierno de ese país.

Por su parte, Haití firmó un tratado con República Dominicana a través del cual las tropas dominicanas, en caso de una situación interna riesgosa para la dictadura, acudirían en ayuda de Duvalier. Por lo demás se ha hablado de la construcción de una base norteamericana en el norte de Haití —en Mole St. Nicholas—, puesto que la isla posee una ubicación estratégica en las principales rutas comerciales entre Europa y el Istmo de Panamá y que está sólo a cincuenta millas de Cuba, lo cual transforma a Haití en pivote de la lucha por “preservar al Caribe de Castro y el comunismo”.³¹

En cuanto a la asistencia de seguridad, el caso de Belice también se fundamenta en el Security Assistance Programs 83 y en el hecho de su situación estratégica en Centroamérica. Se especifica que aunque Gran Bretaña se encuentra actualmente entrenando y equipando a las fuerzas de defensa beliceñas, existen indicios de que sólo continuará haciéndolo a corto plazo. Esto nos indica a las claras la intención de los Estados Unidos de asumir el papel de metrópoli neocolonial. Los programas de asistencia se centrarán en el entrenamiento en logística y comunicaciones, a realizarse en Panamá, y en venta de armas. Así, la capacidad de las fuerzas de defensa beliceñas para enfrentar amenazas a la seguridad interna será elevada. La sustitución de las tropas británicas por norteamericanas legalizaría la presencia de los Estados Unidos en Belice.

En el mes de mayo de 1983, el Primer Ministro de Belice visitaba Washington y se entrevistaba con Reagan, Kirkpatrick y Enders. Aunque las conversaciones se celebraron a puertas cerradas, puede suponerse que giraron en torno a la situación centroamericana y al papel que la Administración norteamericana le asigna a Belice en el conflicto. En este marco, Price pronunció declaraciones entorno a la necesidad de una continuidad del gobierno de la Thatcher para garantizar la seguridad de su país contra las aspiraciones expansionistas de Guatemala.

El inicio de una ofensiva político-económica y diplomática a manos de los Estados Unidos y Holanda contra el gobierno de Surinam, abre paso a otra campaña desestabilizadora en el área. En diciembre de 1982, la CIA propuso emprender operaciones encubiertas destinadas a derrocar al gobierno de Dersi Bouterse.

En cuanto a Puerto Rico, el general Henry N. Walters, secretario asistente del Ejército de los Estados Unidos, realizó declaraciones en el sentido de que la Guardia Nacional puertorriqueña tiene una misión obvia en el proceso de estrechar vínculos con sus vecinos caribeños. Consecuentemente, se entrenaban contingentes de las

³¹ P. Abbott Luce: “Haití: Ready for Revolution”. Council for Interamerican Security, 1980.

fuerzas de defensa de Barbados en el campamento de Salinas, con la participación de efectivos dominicanos. La Guardia Nacional puertorriqueña tiene acuerdos de colaboración con Jamaica, Barbados, República Dominicana y participa en los ejercicios conjuntos programados por los Estados Unidos —Ocean Venture 81 y 82—. En enero de 1983 se anunciaba su participación en maniobras en Honduras. Además se señala que Puerto Rico constituye “un bastión geopolítico, militar-estratégico y no negociable”.³²

En el año fiscal 1982 la ayuda militar norteamericana para la “Cuenca del Caribe” alcanzó los 159,09 millones de dólares, equivalentes a casi las dos terceras partes del total para la región, que ascendió a 212,6 millones.

Las proporciones del Programa de Seguridad y Asistencia propuesto para el año fiscal 1983 adquieren un nivel alarmante. De un total de 414,6 millones de dólares destinados a la América Latina, le corresponden a los países de la “Cuenca del Caribe” 388,9 millones; es decir, el 94%, mientras que el resto del continente sólo recibe 26,7 millones, equivalentes al 6% del total. La asistencia militar a la “Cuenca del Caribe” en 1983 prioriza a El Salvador (166,3 millones), Jamaica (61,7 millones), Costa Rica (60,1 millones), Honduras (40,3 millones), Caribe Oriental (37,78 millones) y República Dominicana (10,25 millones). Aunque por razones obvias el peso de la ayuda militar recae sobre El Salvador, resulta significativo el aumento que se ha concentrado en el resto de la región. Son notorios los incrementos registrados en el caso de Costa Rica, el Caribe Oriental y Jamaica, donde se observó un alza de más de un 300% con respecto a los dos años anteriores.

AMÉRICA CENTRAL: EL “PELIGRO INMEDIATO”

Según Reagan, “Centroamérica está mucho más cerca de los estados Unidos que muchos de los focos de tensión en el mundo que son objeto de nuestra preocupación. Pero la cercanía en el mapa dista incluso de expresar la importancia estratégica de Centroamérica. Limítrofe con el Caribe, es nuestra conexión vital con el mundo exterior”.³³

En lo que se refiere a Costa Rica llama la atención el enorme incremento de la asistencia de seguridad. Se sabe que ese país no cuenta con un ejército regular. Sin embargo, en 1983 se le destinaron amplios programas de entrenamiento y asistencia de seguridad. Esta alza se justifica argumentando la grave crisis económica que afecta al país, que hasta hace poco era una de las pocas “democracias estables” de la región. Los objetivos del programa son claros: por un lado sostener la tambaleante economía costarricense y al mismo tiempo desarrollar la capacidad efectiva y operativa de la Guardia Civil.

También se destinan diversos planes al desarrollo de la zona de la frontera con Nicaragua. En uno de estos planes participan los Estados Unidos conjuntamente con

³² Palabras de Jeane Kirkpatrick citadas por J. Rodríguez Beruf en “Militarization and Reagan's Caribbean Basin Plan”. Bulletin of the Puerto Rico Solidarity Committee, vol. 4, June-July, 1982. p. 7.

³³ Ronald Reagan: “Discurso ante sesión conjunta del congreso”, 27 abril de 1983

Israel. El objetivo es crear asentamientos en la zona fronteriza ubicando allí a campesinos israelíes, como se pensó inicialmente, o a contrarrevolucionarios de origen cubano. Este plan recibe el inocuo nombre de “Plan de Desarrollo de la infraestructura de la Zona Norte” y fue discutido por Reagan y Monge en junio de 1982. Posteriormente Reagan prometió su apoyo al plan en carta del 20 de septiembre del mismo año. Los Estados Unidos se comprometieron a enviar quinientos efectivos del Cuerpo de Ingenieros (Sea Bees) del ejército para realizar trabajos de “perforaciones”. Las mismas estaban destinadas —según se dijo— al regadío. Se ha informado que parte de estos efectivos ya están en Costa Rica. Es en extremo curioso que un plan agrícola necesite ingenieros militares. No cabe duda que como parte del esquema estratégico-militar de los Estados Unidos en la zona, el objetivo fundamental del mencionado plan es aislar a Nicaragua y encerrarla entre dos regímenes hostiles: Costa Rica y Honduras.

A comienzos de mayo de 1983 Costa Rica planteaba ante la OEA el envío de una fuerza de paz a su frontera norte. Francis Mc Neil, el embajador norteamericano en Costa Rica, declaraba al vespertino *Prensa Libre* la disposición de su gobierno de enviar tropas y se refería en estos términos al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR): “ahora que Costa Rica ha solicitado asistencia de una fuerza de paz en la frontera norte para evitar intromisiones de fuerzas extrañas, responderemos si es necesario”.

Posteriormente declaraciones de Fait Lozano, primer vicepresidente de Costa Rica, señalaban que la solicitud de su país ante la OEA era para que se enviaran observadores civiles y no militares, con el objetivo de que pudieran “comprobarse la neutralidad” que se propone mantener el gobierno de Monge.

Costa Rica plantearía más tarde el envío de una fuerza de paz integrada por tropas de los países del “Grupo de Contadora” a su frontera con Nicaragua. A esta proposición se negaban México y Panamá, mientras Colombia y Venezuela no se pronunciaron al respecto.

El expresidente Carazo, declaraba a su vez a la prensa internacional que durante su gobierno los Estados Unidos trataron de instalar “una fuerza fronteriza” entre Costa Rica y Nicaragua y que tal posibilidad fue rechazada. Al referirse a la solicitud hecha por el gobierno costarricense a la OEA, Carazo dijo que “no está clara la idea, ni el mismo gobierno sabe lo que está proponiendo” y agregó que “autorizar una fuerza fronteriza sería autorizar la permanencia de ejércitos extranjeros en el país”. En la proposición costarricense se perfila ya la presencia de los intereses norteamericanos, que buscan legitimar de alguna forma la presencia de “tropas multinacionales” en el área.

El relevante papel que desempeña Honduras en la estrategia de la Administración norteamericana se evidencia en la significativa ayuda militar que se le asigna y en el proyecto de aumentar la capacidad operativa de varias pistas de aterrizaje en territorio hondureño, como parte de un plan que persigue completar y reforzar el anillo de bases en la “Cuenca del Caribe”. Esto, a su vez, indica la función que los Estados Unidos pretenden asignarle —o ya le han asignado— a sus “Fuerzas de

Despliegue Rápido” en esta zona. Las recientes maniobras que se desarrollaron en Honduras tienen características de “ensayo general” del desplazamiento de estas fuerzas.

A mediados de 1982 ya se habían articulado los esfuerzos contrainsurgentes de ambos ejércitos y movilizado soldados hondureños a la frontera con El Salvador para participar en los combates de Morazán.

Por otra parte, se creó la Comunidad Democrática Centroamericana, instrumento jurídico que legaliza el tránsito de tropas entre los distintos países centroamericanos y que da la posibilidad de una intervención directa de los Estados Unidos, Como señala Mayra Góngora, “este organismo, creado a principios de 1982, vio fortalecido su papel intervencionista a mediados de año, tras el descrédito del TIAR y la inoperancia de la OEA, puestos de manifiesto al producirse el conflicto de las Malvinas”.³⁴

El eje Honduras-El Salvador-Guatemala representa la punta de lanza del accionar imperialista hacia Nicaragua y hacia la región en su totalidad, y el paso previo para la reintegración del Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA), desmembrado después de la caída de Somoza.

En 1982 la administración Reagan aprobó un presupuesto de 21 millones de dólares para la construcción de tres modernas bases aéreas militares en Honduras. También se desarrollan planes de construcción de carreteras en la frontera con Nicaragua. Como, se conoce, parte de la movilidad de, las, “Fuerzas de Despliegue Rápido” se basa en la “idea de la ‘base desierta’, conocida también con el nombre de ‘base aérea instantánea’, que permite a las fuerzas aéreas transformar en pocas horas las pistas de aviación abandonadas o primitivas de cualquier lugar del mundo en bases aéreas plenamente equipadas”.³⁵

Con una posición geográfica privilegiada, Honduras ha pasado a ser el gendarme regional al servicio de Norteamérica. Desde 1979 se han venido sucediendo las visitas de personeros estadounidenses de alto nivel y se hacen todos los esfuerzos para garantizar la estabilidad interna del país. Incluso la influencia de los Estados Unidos logró que se zanjara la disputa fronteriza entre Honduras y El Salvador, que se remontaba a la llamada “Guerra del Fútbol” de 1969. A partir de este momento se coordinarán las acciones de los gobiernos de Honduras y El Salvador para destruir el movimiento revolucionario salvadoreño.

Las palabras del general George S. Boylan definen la doctrina del despliegue estratégico como parte de la “respuesta flexible”:

La premisa básica de esta estrategia radica en la capacidad de rápido despliegue de las fuerzas de combate, lo cual constituye un elemento de nuestra actitud disuasiva, y es susceptible de dar lugar a una eficaz respuesta a

³⁴ Mayra Góngora: “Honduras: plataforma de contrainsurgencia en Centroamérica”, ponencia inédita presentada en la ADHILA, Bayazo, julio de 1983,

³⁵ Michael T. Klair: La guerra sin fin. Ed. Noguer, Barcelona. 1974; p. 78.

la agresión, puesto que la rápida y enérgica reacción puede reducir en gran manera la intensidad del conflicto.³⁶

En consecuencia Honduras deviene un punto neurálgico para las “Fuerzas de Despliegue Rápido”, De ahí la abultada asistencia militar y económica que los Estados Unidos destinan a este país.

Si a los factores mencionados agregamos la reciente instalación de bases de operación para las bandas contrarrevolucionarias que incursionan diariamente en el territorio nicaragüense en un esfuerzo por desestabilizar el proceso sandinista; la creación de una escuela de entrenamiento en Puerto Castilla que cuenta con 120 asesores norteamericanos con el objetivo de preparar al ejército salvadoreño en tácticas de contrainsurgencia y la instalación por la fuerza aérea norteamericana de un radar en Tegucigalpa, con un alcance real que comprende a Guatemala, Belice, El Salvador y especialmente a Nicaragua, tendremos estructurada la función de tercero asignada por los Estados Unidos a Honduras en la “Cuenca del Caribe”, que además de centro de apoyo logístico representa un elemento básico para reducir y/o eliminar el flujo de armas para la guerrilla. El ejército hondureño se ha reforzado mediante una modernización de su armamento y una reestructuración en sus mandos, de acuerdo con los planes de utilizarlo para agredir a Nicaragua; de ahí la concentración de tropas hondureñas en la frontera nicaragüense.

Honduras confronta problemas económicos, ya que cuenta con una deuda externa de más de 1 500 millones de dólares, un déficit presupuestario ascendente a 200 millones y un desempleo de más del 60% de la población económicamente activa. Debido a que “la fortaleza económica es la infraestructura necesaria para la capacidad militar”,³⁷ la administración Reagan ha solicitado para Honduras en el año fiscal 1984, ‘41 millones’ de dólares en asistencia militar, 40 millones para asistencia Económica de seguridad y 32 millones para ayuda al desarrollo.

A pesar de todos los esfuerzos de los Estados Unidos, la situación en El Salvador evoluciona en términos favorables para el movimiento popular revolucionario, y en la medida en que pasa el tiempo se alejan las posibilidades de una salida “honrosa” para los Estados Unidos.

Diversos voceros norteamericanos han reiterado sistemáticamente que en El Salvador es necesario crear las condiciones políticas y militares que permitan solucionar la crisis de acuerdo con sus intereses. A, comienzos de febrero de 1983, el general Nutting, entonces jefe del Comando Sur, declaraba en una audiencia de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado que en El Salvador “no habrá una solución política sin participación militar que permita restablecer estabilidad y orden”.³⁸

³⁶ Citado por Klaire en op. cit.

³⁷ Harold Brown, exsecretario de Defensa de la administración Carter. En ORBIS, Summer. 1982, p. 381.

³⁸ En marzo se informaba que el general Nutting asumía la jefatura del Comando de Alerta, Fuerza de Despliegue Rápido en la base aérea Mc DiII en la Florida, designándose a Paul F. Gorman como Jefe del Comando Sur de los Estados Unidos. Granma. 1 de abril de 1983.

Por otro lado, se subraya que la región va a necesitar asistencia económica en una escala mucho mayor de la que ya ha recibido. A fines de febrero el secretario de Estado Shultz indicaba la necesidad de aumentar la ayuda militar en 60 millones en 1983, ya que según el funcionario norteamericano la actividad insurgente no había decrecido, sino probablemente aumentado, y dado que había un “estancamiento” en el campo de batalla que el Secretario de Estado atribuyó a una gran disminución en el nivel de ayuda militar.

Por su parte, Reagan reiteraba en su intervención ante la Convención de la legión Americana que los Estados Unidos enfrentaban una amenaza especial en América Central y que su “seguridad” estaba en peligro.

La actual Administración revisa sus posiciones políticas en América Central y proyecta aumentar el número y las actividades de sus asesores militares en El Salvador. Al mismo tiempo enfatiza que los Estados Unidos no alentarán de ninguna manera al gobierno salvadoreño para que entable negociaciones con la guerrilla. El 10 de marzo de 1983 Reagan anunció que solicitara un total de 298 millones de dólares en ayuda total adicional para Centroamérica. De esta cantidad, 110 millones de dólares estarán destinados a ayuda militar suplementaria para El Salvador, donde la “situación militar no es buena”. Se ubicarán 168 millones de dólares a asistencia económica extraordinaria. Los restantes 20 millones se destinarán a ayuda militar suplementaria para el resto de América Central, con la priorización de Honduras, Belice, Costa Rica y Panamá, ya que los Estados Unidos necesitan “vecinos fuertes y estables”. Se aumentarán los asesores militares, pero determinar el número depende de los recursos. Además, el Presidente norteamericano dijo que se entrenarán efectivos de los ejércitos centroamericanos en los Estados Unidos u otro lugar. El discurso de Reagan estuvo plagado de la habitual retórica anticomunista, destinada a crear un ambiente favorable a la elevada solicitud de recursos económicos con fines belicistas que presentará al Congreso.

El 22 de abril The New York Times daba a conocer un informe llamado Defense Requirement Survey, en el cual se señalaba que a la larga sólo una restructuración de los cuerpos armados salvadoreños —incluyendo la remoción de oficiales de alta graduación y la adopción de tácticas más agresivas para enfrentar a la guerrilla—, podría transformarlos en una fuerza de lucha efectiva. El informe criticaba el uso de las tácticas convencionales por parte del ejército salvadoreño en una guerra “no convencional”. Se cita a los generales Woerner Jr. y Nutting avalando la validez del informe, que data de 1980. No resulta casual que este documento se publicara días antes del discurso de Reagan ante la sesión conjunta del Congreso norteamericano, coincidiendo con las elevadas solicitudes de asistencia de seguridad que presentó después la Administración y con la ampliación de los programas de entrenamiento al ejército salvadoreño.

El 27 de abril de 1983 Reagan reiteraba nuevamente en la sesión conjunta del Congreso norteamericano el planteamiento de que en Centroamérica estaba en juego la “seguridad nacional de todas las Américas”, buscando lograr con ello un consenso bipartidista que apoyara el gran presupuesto de asistencia de seguridad asignado a la

“Cuenca”. En lo que se refiere a El Salvador, la solicitud para 1984 significa un aumento del 24% con respecto a las asignaciones de 1983, sin sumar los 60 millones de dólares solicitados por la Administración en ayuda militar de emergencia. Según Christopher Dodd, hasta abril de 1983 se habían entregado al gobierno salvadoreño unos 700 millones de dólares en ayuda económica y militar. Citando un funcionario del Departamento de Estado, The New York Times declaró que la administración Reagan no estaba, preparada ni intelectual, ni política, ni estratégicamente, para abandonar El Salvador del todo, y ciertamente no antes de las elecciones de 1984. A la hora de evaluar las limitantes específicas de una intervención en Centroamérica habría que partir considerando algunos aspectos fundamentales. En primer lugar, la economía norteamericana no podría afrontar el costo de una intervención a largo plazo, aunque, en este momento se encuentre atravesando una, fase de recuperación cíclica. Lo cierto es que los Estados Unidos no están en condiciones de asumir la intervención sin las consiguientes repercusiones internas que implicaría el hecho. Por otra parte, la agresión militar no tomaría por sorpresa ni al gobierno sandinista de Nicaragua ni al FMLN-FDR de El Salvador. Los Estados Unidos se enfrentarían, pues, a un ejército popular y a una guerrilla que ha venido demostrando su capacidad de lucha, lo que a la larga podría conducir a que los interventores se empantanaran en una situación que podría adquirir la dimensión de un nuevo Vietnam. En este sentido —y por los motivos señalados anteriormente—, la Intervención militar directa en Centroamericana representa un alto nivel de riesgo para una Administración que, como la actual, aspira a la reelección en 1984.

Incluso en el, caso de que se recurriese, como ocurrió en Granada, a los países de más peso en la región, no serían estos, ni las Naciones Unidas, quienes compondrían una “fuerza multinacional de paz”, Esta fuerza estaría probablemente representada por los desprestigiados ejércitos del Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA), que resultan más débiles ideológica y militarmente. Los Estados Unidos no cuentan con un Israel —que posee un ejército bien pertrechado y una mística de combate—, para que desempeñe el papel de tercero en Centroamérica. Esta función quedaría asignada al ejército hondureño, que por lo demás desconoce las características y consecuencias de una guerra popular prolongada y de desgaste. A nivel regional, los Estados Unidos enfrentan un complejo panorama diplomático. En primer lugar, habría que tomar en cuenta la existencia del Grupo de Contadora que, aunque debilitado, no ha podido ser neutralizado por entero. La Internacional Socialista; aun cuando ha venido siendo presionada por los Estados Unidos, se opone a la intervención militar. La activa diplomacia del gobierno nicaragüense ha desarrollado una eficiente labor en la arena internacional. Venezuela y Colombia consideran que el Caribe constituye su zona natural de expansión y, por tanto, no verían con buenos ojos la injerencia directa norteamericana en el área. México vería amenazada su frontera sur, y si se considera que este último país limita al norte con los Estados Unidos, resultan fácilmente comprensibles las razones por las cuales el país azteca considera inaceptable una intervención norteamericana en la zona.

DISPOSITIVO MILITAR NORTEAMERICANO EN LA “CUENCA”

Seria interesante resaltar algunas recientes cifras sobre la distribución geográfica del sistema de Programas de Asistencia Militar y de Seguridad de los Estados Unidos, atendiendo a la unidad que existe entre los intereses hegemónicos del capital financiero norteamericano y los intereses del Estado burgués que los representa.

En lo que se refiere a América Latina, los Estados Unidos refuerzan con una serie de programas de seguridad sus intereses extraterritoriales, con el objetivo de frenar la lucha de clases y el ascenso de los movimientos de liberación.

Es así que El Salvador, primer receptor de ayuda en la región, ha recibido, en concordancia con los intereses estratégicos, 32,2 millones de dólares dentro de los programas FMS (Venta de Armas al Exterior) en el trienio 1980-1982, acaparando, junto con Honduras, más del 50% de todo lo distribuido para América Latina por el concepto de ventas financiadas.

Esta cifra se estima que alcance en 1983 los 60 millones, lo que representaría el 48% de ese programa para América Latina.

El Military Assistance Program (MAP) quizás tiene una concordancia más espectacular con el actual acontecer político. En 1981 y 1982 El Salvador recibió el 99,6% y 94%, respectivamente, para la seguridad estratégica norteamericana, ascendente en esos años a 86,6 millones de dólares. Otros receptores importantes son Honduras —con un millón—, Jamaica y República Dominicana; todos con la misma cifra en el año 1982.

También fueron priorizados El Salvador y Honduras en el Programa Internacional de Educación Militar y Entrenamiento (IMET). Cabe destacar que de las veinticinco principales compañías norteamericanas que suministran equipos militares bajo el rubro FMS y Ventas Comerciales Exportables para el año fiscal 1981, ocho mantienen operaciones en la “Cuenca del Caribe”. Ellas son: Mc Donnell Douglas, General Dynamics, Westinghouse, General Electric, Teledine inc., Sperry Rand Corp., Ford Motor Co. y Texas Instruments, entre otras, y operan fundamentalmente en Antillas Holandesas, Barbados, Jamaica, Puerto Rico, Haití y El Salvador.³⁹

El Departamento de Defensa indicaba en diciembre de 1982 que el total de sus fuerzas de personal militar activo en servicio en el área del hemisferio occidental era de 16 261. En lo que se refiere a la “Cuenca del Caribe” (Antigua, Bahamas, Barbados, Belice, Bermudas, Costa Rica, Cuba —Guantánamo—, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Guyana, Haití, Honduras, Jamaica, Nicaragua, Panamá, Suriname, Islas Turcos y Caicos), estas alcanzaban la suma de 12 847; esto es, el 79% del total del personal destinado al hemisferio occidental. Si agregamos Puerto Rico e Islas Vírgenes —que están considerados bajo el rubro “territorios de los Estados Unidos y otros lugares especiales”—, la cantidad de personal militar

³⁹ Las cifras y datos correspondientes han sido extraídos del Report by the U.S. General Accounting Office, U.S. Security and Military Assistance: Programs and Related Activities, June, 1982, Appendix VI.

norteamericano regular en activo en la “Cuenca del Caribe” asciende a 16 609.⁴⁰ Esto sin considerar los “asesores” y agentes que el gobierno norteamericano mantiene en los países del área de forma no tan “oficial”.

En abril y mayo de 1982 despliegan Ocean Venture y Readex 82 e involucran a algunos países de la OTAN. También se realizan los ejercicios Gallant Eagle 82 en California, que, son significativos por su envergadura y por estar destinados al entrenamiento combinado de las armas que integran la llamada “Fuerzas de Despliegue Rápido”.

A mediados de enero de 1983 se anunciaron las maniobras militares conjuntas norteamericano-panameñas Kindle Liberty, que se efectuaron en febrero. Los ejercicios militares se relacionan con una eventual defensa combinada del Canal de Panamá por el Comando Sur de los Estados Unidos y la Guardia Nacional Panameña. Realizadas en la frontera entre Honduras y Nicaragua, las maniobras Big Pine tuvieron un costo de 5,3 millones de dólares donados por los Estados Unidos. En ellas participaron activamente 4 000 soldados hondureños y 1 500 estadounidenses asignados al Comando del Caribe de los Estados Unidos. Las fuerzas del Comando se encargan de Centroamérica, el Caribe insular —incluido México— y combinan fuerzas de aire, mar y tierra. Estas maniobras poseen un carácter ofensivo. No es casualidad que se realicen en la frontera con Nicaragua en un momento en que se han intensificado las incursiones de bandas somocistas en territorio nicaragüense, que son financiadas, entrenadas y apoyadas por los Estados Unidos y Honduras. Otro objetivo militar de las maniobras es la utilización por vez primera, de las “Fuerzas de Despliegue Rápido” en la región centroamericana, lo cual significa la consolidación de un paso más en la escalada intervencionista.

A fines de mayo de 1983 se efectuaban maniobras en las Islas Vírgenes y, Puerto Rico con participación de 6000 efectivos militares, de las guardias nacionales de estas Islas y del estado norteamericano de la Florida.

Por otra parte los “Boinas Verdes” —uno de los pilares de la implementación de la “contrainsurgencia”— están siendo revigorizados. Según informes del Departamento de Defensa y publicados por The New York Times, estas medidas se estaban tomando a raíz del aumento de la insurgencia en Asia. África y especialmente en América Latina. Consecuentemente, se han elevado bruscamente los efectivos y la preparación combativa de estas fuerzas. El contingente de “Boinas Verdes” con base en Fort Bragg, en Carolina del Norte, se aumentará en un tercio y alcanzará la cifra de 4 800 hombres.

A ello hay que agregar la utilización periférica de fuerzas que comprenden barcos de alta tecnología que se desplazan por el Pacífico y el Atlántico.

Los mismos han sido empleados por la National Security Agency (NSA) para ubicar los puestos de mando de la guerrilla salvadoreña desde el Golfo de Fonseca.

Considérense además los vuelos de “AWACS” sobre el área y la instalación de sofisticados equipos electrónicos. También se ha planteado el traslado de la Junta

⁴⁰ Department of Defense: U.S; Military Strengths Worldwide as of September 30, 1982, no. 518-82; 697-3169 (copies): 695-0192 (info.). December 1. 1982.

Interamericana de Defensa a Panamá y la transformación de la escuela de contrainsurgencia, de Fort Gulick en multinacional, de forma de entrenar conjuntamente a todos los aparatos represivos de la región.

El papel de las bases norteamericanas en el Canal de Panamá es cada vez más activo. Desde allí se abastece de armas a la contrarrevolución nicaragüense y al ejército hondureño; se entrena a las fuerzas contrarrevolucionarias nicaragüenses y se les transporta a Honduras para que inicien sus operaciones. El espionaje aéreo sobre la región opera desde las bases ubicadas en el istmo.

No podemos dejar de mencionar el papel de delegado de los Estados Unidos que cumple Israel, uno de los principales suministradores de armas y entrenamiento en la región. Las vinculaciones de Israel con Guatemala datan de la década del 60, cuando en el país centroamericano se inició un programa agrícola de cooperativización similar a los llamados kibbutz, con el fin de neutralizar las simpatías que despertaban las guerrillas guatemaltecas entre los habitantes de las zonas rurales del país.

Actualmente Guatemala constituye uno de los principales receptores de armamento israelí, parte del cual vende a países vecinos. En este sentido Jorge Domínguez ha planteado que “a fines de los 70, Israel ya se había transformado en el suministrador clave para los cuatro países independientes del norte de América Central”.⁴¹ Esta forma de efectuar la transferencia de ayuda militar evita a la Administración norteamericana los choques con el Congreso y tener que dar explicaciones que pudieran resultar engorrosas. En 1980 el gobierno salvadoreño compró el 80% de sus pertrechos militares a Israel, con préstamos facilitados por los Estados Unidos. Un índice de posiciones discrepantes lo constituye el comunicado francomexicano, las posiciones de la Internacional Socialista y las declaraciones de Contadora. México, Venezuela, Colombia y Panamá han manifestado sus diferencias con respecto a la política agresiva de la Administración norteamericana. Frente a la fuerza adquirida por estas posiciones, los Estados Unidos implementan la débil “Declaración de San José” como una variante frente a un estado de opinión poco favorable a la intervención. Pero los países mencionados tienen intereses propios que proteger.

En abril de 1983 se efectuaba una reunión urgente de los cancilleres del Grupo Contadora para encontrar fórmulas de diálogo y de negociación para tratar de alejar el peligro bélico de Centroamérica. Con posterioridad se efectuó una gira de los cancilleres por la región. El recorrido se inició en Costa Rica y se hizo extensivo a El Salvador, Honduras, Guatemala y Nicaragua. La respuesta de Nicaragua fue proponer conversaciones bilaterales con los Estados Unidos y Honduras para superar los conflictos. El aumento, de las agresiones contra Nicaragua por parte de grupos armados financiados por los Estados Unidos desde la frontera costarricense y hondureña dio como resultado que el gobierno nicaragüense apelara al Consejo de

⁴¹ Cfr. Jorge Domínguez: “The Changing International and Military Situation in the Caribbean and Central America”, 1980; también: “Honduras-Nicaragua: War Without Winners”, En NACLA, sept.-Oct., 1982.

Seguridad de ONU. y que solicitara el cese inmediato de todas las agresiones e intervenciones abiertas o encubiertas contra Nicaragua

En mayo de 1983 The Washington Post estimaba en 7000 los efectivos de las fuerzas antisandinistas que recibían asistencia norteamericana. De estas las llamadas FDN (Fuerza Democrática Nicaragüense) y la ARDE (Alianza Revolucionaria Democrática) operaban desde Costa Rica.

Las agresiones de los Estados Unidos a Nicaragua no sólo se dan en el plano militar sino también en el económico. Los Estados Unidos, redujeron las importaciones de azúcar nicaragüense de 58 000 toneladas a 6000 toneladas por año. Según The Washington Post, el gobierno norteamericano espera reducir los recursos de los que dispone Nicaragua para financiar su esfuerzo militar y “su apoyo a la subversión y la violencia extremista en la región”. Las cuotas suprimidas a Nicaragua serán distribuidas entre Honduras (52%), Costa Rica (30%), y El Salvador (18%), tres países que, según los Estados Unidos, enfrentan enormes problemas causados en gran parte por “la subversión apoyada por Nicaragua”.

La convocatoria del Consejo de Seguridad se produjo mientras se agravaba la situación militar en la frontera norte de Nicaragua y días después de que Costa Rica solicitara a la OEA el envío de una fuerza de paz integrada por tropas de los países del Grupo de Contadora a su frontera con Nicaragua. La idea de una fuerza de paz se desmoronaba después que México se negó a participar en una empresa de esa naturaleza. La maniobra costarricense se dirigió a tratar de lograr una legitimación colectiva a través del Grupo de Contadora de una medida que favorecía la política de la administración Reagan, que prefiere resolver el problema utilizando mecanismos regionales dominados en mayor o menor medida por los norteamericanos, como ha declarado Jeane Kirkpatrick.⁴²

A la vez, Reagan nombraba a Richard Stone como enviado especial a la zona con la misión de reiterar su línea política. Al mismo tiempo se trataba de dar la impresión al Congreso norteamericano de que el gobierno de Reagan seguiría un curso razonable y flexible en su política hacia la región. Se utiliza a Stone para simular una “voluntad negociadora”, cuando en realidad se prepara una agresión.

Aunque momentáneamente no se haya replanteado ni insistido reiteradamente en la necesidad de una fuerza de paz, el problema está latente. Sólo falta que los Estados Unidos puedan maniobrar y presionar para lograr que no resulte de manera evidente una proposición norteamericana y que sea sancionada y/o legitimada colectivamente. Este hecho les permitiría aprovechar las circunstancias sin aparecer como promotores directos de la medida. Este tipo de circunstancia —ya comprobada en el Líbano, luego de la matanza de Sabra y Chatila y del posterior envío de la fuerza multinacional de paz—, sería factible incrementando las acciones armadas contra Nicaragua, llevando la situación a un clímax en que la opinión mundial acepte una fuerza multinacional —símbolo de garantía de paz—, destinada a detener la

⁴² También declaró: “cualquier solución para los problemas del área debe enfocarlos como lo que son: problemas regionales”.

“violencia desenfrenada” y no como un elemento interventor que sería muy difícil de eliminar una vez instalado y sancionado por una entidad representativa regional.⁴³

A partir de abril se inicia una nueva etapa en el desarrollo del Grupo de Contadora, en la que los Estados Unidos institucionalizan al Grupo y propician por medio de su “apoyo”, su debilitamiento.

En el conjunto de factores expuestos —y dado el incremento de la “disuasión mediante la fuerza” por parte de los Estados Unidos—, el factor tiempo es fundamental para los actores involucrados.

CONCLUSIONES

El esquema estratégico de confrontación Este-Oeste que caracteriza la óptica norteamericana parte de la premisa de un actor externo y obvia a los conflictos específicos; esto es, desconsidera los actores internos que concurren en cada caso. Es realmente asombrosa la incapacidad norteamericana a la hora de aprender las lecciones de la historia —Vietnam, Cuba, Nicaragua, Granada— y de no comprender las causas objetivas que determinan los movimientos sociales y que en definitiva desencadenan las revoluciones. La perspectiva estadounidense las atribuye a factores y elementos externos ajenos a la realidad concreta.

Sin embargo, este esquema bipolar muestra sus fisuras. Los problemas internos —económicos, políticos, y sociales— persisten en los países de la “Cuenca”, a pesar de las “soluciones” implementadas por los Estados Unidos.

El desconocimiento de los actores políticos internos en cada caso lleva a la administración Reagan a generalizaciones simplistas tales como la comprensión de la importancia de “la interrelación entre las metas soviéticas y las de los radicales palestinos” o “la toma de Nicaragua por los marxista-sandinistas” y también combatir “la subversión y la violencia ex, portadas por Cuba y Moscú”,⁴⁴ según la Plataforma del Partido Republicano, Simplemente, la ecuación es:

OLP = URSS

Cuba = URSS

Nicaragua = URSS

Granada = URSS

Se aplican así políticas regionales subordinadas a la confrontación Este.

Oeste y se privilegian las relaciones bilaterales.

El foco de tensión en la “Cuenca” nos retrotrae a la situación del Líbano, en que la vía de la violencia llegó a su clímax por medio de elementos externos e internos.

Aquí se aplicó una variante de fuerza instrumentada por una fuerza multinacional de

⁴³ No podemos de dejar de considerar los distintos mecanismos de presión con que cuentan los Estados Unidos para influir en los países de Contadora, que van desde la ayuda económica condicionada en un momento de aguda crisis económica hasta acuerdos de ayuda militar y compromisos que datan de muchos años y que no son tan fáciles de obviar.

⁴⁴ “Plataforma del Partido Republicano”. En Cuadernos Semestrales del CIDE, no. 9., p. 204.

paz que componían tropas de desplazamiento rápido y otras que, en fin de cuentas, resultaron en la instalación de fuerzas militares norteamericanas en la zona. Las alianzas regionales no han atravesado el camino previsto por la Administración y han demostrado sus límites en un marco bipolar. La Administración debe optar por nuevas fórmulas y actores: Honduras, bastión de entrenamiento, “campo de tiro”, de la contrarrevolución centroamericana y base logística para las fuerzas militares norteamericanas; Costa Rica, el país; “moderado” que se utiliza para proponer soluciones aparentemente pacificadoras, pero que en el fondo tienen un evidente signo intervencionista. La búsqueda de una salida electoral en el caso de El Salvador puede ser la forma de instrumentar la intervención por medio de una “fuerza de paz” que cree “las condiciones para el proceso electoral democrático” y que a la vez entronice “oficialmente” y con una fachada legalista a sus fuerzas interventoras. En el caso del Medio Oriente y de Centroamérica se da una “guerra limitada” que se utiliza a modo de test, como forma de comprobar la superioridad del armamento norteamericano sobre el soviético. Este factor es muy evidente en los artículos de Newsweek ya citados. Los corresponsales de guerra hacen constante referencia a la calidad, efectividad y superioridad del armamento norteamericano utilizado por Israel sobre el soviético, de la OLP y Siria.

La problemática interna y la necesidad de un consenso en torno a la política de agresión de la Administración hacia Centroamérica se expresa en las declaraciones de Shultz en lo que se refiere a la polarización de opiniones en el Congreso. Shultz aduce que “se debe a que Nicaragua no está todavía designado oficialmente como país comunista. La solución es que el Congreso lo declare como tal y lo equipare a Cuba”⁴⁵ Lo anterior se percibe también en el discurso de Reagan ante el Congreso en pleno, el 27 de abril de 1983, en que se apela al consenso del “pueblo de los Estados Unidos”. Designar a Nicaragua “oficialmente como país comunista” contribuiría a la intervención creando el pretexto inmediato. El problema de las próximas elecciones presidenciales en los Estados Unidos resulta vital y ya comienza a pesar en el cuadro político norteamericano. Al mismo tiempo, los esfuerzos del Congreso para poner fin a las acciones encubiertas de la CIA en Nicaragua y para limitar la asistencia militar a El Salvador parecen empantanarse ante la preocupación de los legisladores demócratas sobre la eventual perspectiva de tener que cargar en la próxima campaña electoral con “las culpas” de haber “perdido” nuevos países.

Las decisiones estratégicas de la administración Reagan están directamente vinculadas con la recuperación económica de los Estados Unidos. En este sentido The Wall Street Journal señalaba a comienzos de 1983 los pasos comprendidos por el gobierno norteamericano, dentro de la lógica del más añejo keynesianismo, con el fin de lograr la ansiada recuperación, por muy paradójico que parezca, dada la preponderancia de los enfoques “neoliberales” durante la administración republicana. La intervención puede darse como “la única carta” —aunque no la ganadora—, de una Administración que aspira a la continuidad, o puede darse un viraje hacia

⁴⁵ Somos, 22 de abril de 1983, p. 23.

posiciones más de centro y a políticas más realistas que hagan más fácil una transición gubernamental y/o una continuidad de la presente Administración. En este sentido —y como alternativa a la perspectiva republicana— nos encontramos con proposiciones como *The Americas at the Crossroads*,⁴⁶ con participación de figuras latinoamericanas y sugerencias de tipo liberal coherentes con los planteamientos del Senate Democratic Policy Committee,⁴⁷ donde las proposiciones son recurrentes en lo que se refiere a anteriores administraciones.

Salvando las diferencias, los Estados Unidos consideran que la experiencia del Líbano dio los resultados previstos y pueden tratar de repetirla en escenarios de la “Cuenca del Caribe”.

Para concluir, conviene subrayar las palabras del general Meyer, jefe del Estado Mayor del ejército norteamericano: “una de las lecciones de Corea y Vietnam es que sólo se gana una guerra yendo a buscar al enemigo a su escondite, al corazón de su territorio”.⁴⁸

EPÍLOGO

Aunque en regiones distintas, con realidades particulares y problemáticas específicas, en el caso del Líbano y de la “Cuenca del Caribe” la administración Reagan ha implementado “soluciones” análogas. Al inicio de estas páginas se sostuvo que el criterio con respecto a la “Cuenca” consistía en la percepción de un Caribe como “peligro potencial” y de Centroamérica como el “peligro inmediato”. Con la invasión a Granada —medida que evidentemente corresponde al más puro pragmatismo circunstancial y al aprovechamiento de una situación coyuntural— se neutraliza el “peligro potencial” sin dejar de tener la mira puesta sobre el “peligro inmediato”. En el marco global, se produce una proliferación de los puntos de confrontación y se acentúan las contradicciones de los Estados Unidos con la comunidad de naciones. El discurso de Reagan del 27 de octubre de 1983 —cuya clara intención electorera resulta evidente— confirma que los Estados Unidos persisten en mantener a la URSS como eje de toda confrontación. En los sucesos del Líbano, en los que las tropas norteamericanas se ven cada vez más involucradas en los asuntos internos de ese convulsionado país, y en el caso de la pequeña Granada —que fue invadida en una brutal demostración de fuerza—, persiste la línea central de confrontación Este-Oeste y en este marco se desarrollan, con una fachada multinacional, intervenciones norteamericanas en ambas regiones del planeta.

⁴⁶ *The America at the Crossroads*. Report of the Interamerican Dialogue, April 1983. Cochairmen: Sol M. Linowitz, Galo Plaza. The Wilson Center, Washington, 1983.

⁴⁷ “From Gunboats to Diplomacy. New Policies for Latin America”. Papers prepared for the Senate Democratic Policy Committee, United States, edited by Richard Newfarmer. June 1982.

⁴⁸ Cable AFP. 20 de junio de 1983.